

La llave del paraíso

LILI VILLANUEVA

Estás loca, me dijo Farshid, venir desde el fin del mundo hasta el Irán, después hacer un viaje de más de quinientos kilómetros desde Teherán a una ciudad perdida, para ver una mezquita en ruinas que no le interesa a nadie... Farshid meneó la cabeza, marcó un número de teléfono y comenzó a hablar en persa. Cuando cortó, me dijo: Esta locura te costará trescientos mil Riales. Hice un gesto afirmativo y el trato estaba hecho: A la mañana siguiente, un chofer me llevaría a Damgán, donde se encuentra la mezquita más antigua del Irán, construida hace mil trescientos años.

Había una larga serie de edificios que quería visitar en esas dos semanas que duraría el viaje y la mezquita Tarak Jana en Damgán era la primera de la lista. Yo estaba escribiendo un doctorado en arquitectura sobre el tema y trabajaba como "free lance" en una agencia de noticias con oficinas en todo el mundo.

Farshid Motahari era nuestro corresponsal en Teherán. Él decía que era descendiente de Mahoma por vía materna; su abuelo había sido jefe de gobierno en épocas del Shah y su padre director de un banco iraní en Alemania. Por eso, había vivido con su familia muchos años en el exterior. Hablaba alemán e inglés a la perfección. Tenía una novia en California, un piso costoso en un barrio del norte de Teherán y gozaba de una libertad de acción y movimientos, que a muchos en la agencia les despertaba sospechas. Pero era un buen periodista y entendía al toque lo que se esperaba de él.

Cuando me había ido a buscar al aeropuerto, me había dicho que no era necesario ir a un hotel. Ante mi sorpresa, me llevó directamente a su casa, con el argumento de que los hoteles para extranjeros estaban llenos de espías de la Revolución Islámica. Te vas a sentir observada, me había dicho.

Como menos me sentía yo en ese país era observada. Para salir a la calle tenía que taparme de la cabeza a los pies con prendas que me hacían sentir como una monja musulmana. Me había armado una especie de chador con una pañoleta, que dejaba solamente mi rostro a la vista y amenazaba con caerse a cada rato y provocar un escándalo en la vía pública. Debajo de esa cantidad de telas, sentía el sopor del calor iraní, que me producía una picazón desconocida en la piel. Era tal mi desesperación, que ya en el ascensor empezaba a desvestirme. Una vez en el departamento, me quedaba descalza, en jersey y pantalones. Las amigas iraníes de Farshid hacían más o menos lo mismo. Con la diferencia de que ellas vestían minifaldas y jerséis apretados que resaltaban sus curvas, se maquillaban exageradamente y miraban al mundo con ojos provocativos de sultanas del Harem. Con mis polleras negras larguísimas y camisolas de lino, que había comprado especialmente para ese viaje, me sentía totalmente fuera de lugar. En privado, las iraníes me miraban con lástima.

Hacía pocos días había llegado a Teherán y no me interesaba el programa de comidas en versión iraní del Mc Donalds, las fiestas alcohólicas y la vida occidental que Farshid me había organizado. Él estaba orgulloso de sus libertades, amaba a su país, que como en una vieja leyenda persa, situaba en el centro exacto del universo y se reía de la visión del mundo que Occidente tenía del Irán. Pensé que para un hombre soltero, libre y con dinero no era tan difícil vivir en el país de la Revolución Islámica.

Farshid se mudó al living y me dejó su habitación para mí sola. Por las noches, yo me dormía en una cama doble entre sábanas estampadas con imágenes gigantescas de Micky Mouse. El personaje de Disney me rodeaba por todas partes: en el velador, en el despertador, en los ceniceros, en las tazas, en las toallas y objetos de baño, como cepillos de dientes y alfombras de piso. Farshid era fanático de Micky Mouse; a veces parecía un niño, siempre reía y cuando hablaba, saltaba continuamente sobre uno y otro pie.

¡Good morning!, me despertó la voz de Micky Mouse, a las seis de la mañana. Farshid ya estaba en la cocina, con cara de dormido,

moliendo el café con una maquina turca. Sobre la mesada con forma de bar, había una pila enorme de billetes gastados, con imágenes de mezquitas sagradas y abanderados de la Revolución. Eran los Riales para el chofer y los gastos del viaje. Farshid calculó que estaría de vuelta en Teherán recién por la noche. Estábamos tomando un café delicioso cuando sonó el timbre. Cogí mi bolso con el equipo fotográfico, los Riales (que me ocuparon la mitad del espacio de la cartera), me despedí de Farshid, que aún parecía caerse de sueño.

El chofer era un hombre joven, morocho y de ojos verdes, que se presentó como Mohamed. No hablaba inglés, así que durante el viaje de casi ocho horas por rutas semidesiertas, me dediqué a repasar mis notas y a mirar por la ventanilla, impedida de comunicarme. Los paisajes del sur del Mar Caspio eran de una belleza que parecía ajena al tiempo. La ruta atravesaba valles y laderas en tonos cobrizos y verdes oxidados, que me transportaron a la precordillera andina. Las montañas llegaban hasta el límite mismo de la ruta, como patas gigantes de un animal prehistórico que parecía que por casualidad se hubiera quedado detenido ahí durante millones de años.

Cuando llegamos a Damgán ya eran las tres y media de la tarde. Mohamed preguntó varias veces por la mezquita y cuando al fin llegamos al lugar, me mostró su reloj. Con señas me dio a entender que disponía de media hora, señaló su estómago y luego se fue caminando tranquilamente hacia un puesto de comidas que estaba del otro lado de la calle. De pronto estaba sola, disfrazada de musulmana, frente al portón cerrado de la mezquita más antigua del Irán.

Me acerqué al portón y toqué el timbre. Nada. Volví a tocar y el ruido hizo eco en el edificio aparentemente vacío. Miré alrededor. Un viejo con ropas del mismo color de la tierra reseca de la vereda me dijo algo en persa que interpreté como un muy lógico: Está cerrado. Desde el otro lado de la calle se acercaba un mullah con un turbante blanco y una enorme y elegante capa marrón. Llevaba a un niño de la mano. Crucé la calle, me acerqué al mullah intentando no mirarlo a los ojos, recordando la frase del Corán que dice algo así como: "La mirada seductora de la mujer es la perdición para el creyente", sa-

qué de mi bolso el papel que me habían dado en el Ministerio de la Cultura y la Revolución Islámicas con el permiso de visitar edificios religiosos y se lo puse delante de la cara.

El joven mullah bajó la vista al suelo, sin saber qué hacer. Recordé otra azora que dice: "Si te sientes excitado por la mirada de una mujer extraña, debes irte enseguida corriendo a tu casa y estar junto a tu mujer". El mullah, que no tendría más de veinte años, no se fue corriendo a su casa. Masgid Tarik Jana, ¿open time? Le pregunté, señalando al portón cerrado de la mezquita. Desde el puesto de comidas, aún masticando, se acercó a toda prisa Mohamed, mi salvador.

El mullah y Mohamed intercambiaron un par de frases. Seguramente le estaba explicando quién era yo o quizás le decía, como opinaba Farshid, que era una loca y que le estaba haciendo perder el tiempo a todo el mundo. Saqué mi minidiccionario persa-inglés y se lo di a Mohamed. Él buscó las palabras y me dijo: Portié nou: siesta. El portero estaba haciendo la siesta. ¿Dónde está el portero? pregunté y el mullah y Mohamed se miraron. Jóum, dijo el mullah en un aceptable inglés, hablándome a mí pero dirigiendo sus grandes ojos marrones hacia Mohamed. ¿Dónde está su casa? volví a atacar y ambos se alzaron de hombros.

Luego de algunas averiguaciones, Mohamed y el mullah parecían tener un plan. El niño nos miraba divertido. Ahora teníamos una dirección, pero se presentaba el problema de cómo ir hasta allá. Según la ley islámica, un creyente no debe entrar a un espacio cerrado con una mujer que no es la suya. El auto era un lugar cerrado y yo una completa desconocida, peor aún, una extranjera. Discutieron un poco y luego vi cómo Mohamed bajaba totalmente los vidrios de las cuatro ventanillas, convirtiendo su auto en un lugar semi-abierto. Una de las cosas que aprendí en ese viaje es que el Islam, ante lo imposible, siempre encuentra una salida.

Mohamed se puso al volante y el mullah, con el niño sobre sus piernas, se ubicó a su lado. Yo tenía todo el asiento de atrás para mí. Cruzamos la ciudad hasta llegar a un barrio de casas de adobe. El

mullah bajó de un salto del auto y golpeó el llamador de un portón con la pintura celeste descascarada. Mohamed me sonreía detrás del volante. De pie en el asiento delantero, el niño del mullah me miraba fijamente a los ojos. Tendría cuatro o cinco años. Estaba vestido con un pantaloncito lleno de dibujos de gatos y una remera que decía Cat's Club.

Yo veía al mullah esperando frente al portón celeste, pensando que detrás de ese portón estarían las llaves del paraíso, las llaves mágicas que me abrirían las puertas de mi mezquita. Pero en vez de San Pedro, abrió una mujer joven que, cuando vio al mullah, bajó la vista y se arregló el chador. El mullah preguntaba con la vista mirando al piso pero la mujer negaba con la cabeza. La sonrisa de Mohamed desapareció.

El mullah volvió a entrar al auto. Hablaron entre ellos. Yo estaba entregada a mi destino. Mohamed arrancó sin explicaciones y luego de atravesar un laberinto de calles llegamos a una plaza donde había teléfonos públicos. Los hombres bajaron y me quedé sola en el auto con el niño. En un santiamén, se puso al volante, probó los cambios, tocó todos y cada uno de los botones del tablero, mientras chillaba en persa, me miraba por el espejo retrovisor y se reía a carcajadas. Cuando empezó a asomarse por las ventanas abiertas, revoleando su cuerpecito en dirección al tránsito de la avenida, lo detuve tomándolo de las piernas. Me pregunté si estaba rompiendo las reglas, si alguna azora me impediría tocar al hijo de un mullah.

¡Quédate quieto! le grité en castellano y como por arte de magia, el niño se tranquilizó. Mohamed se acercó y me insinuó con señas que lo acompañara. El mullah le dio el tubo del teléfono a Mohamed y Mohamed me lo pasó a mí. Yo pregunté ¿jeló?

- Así que te metiste con un mullah y andan como caravana en el desierto para conseguir una maldita llave de una maldita mezquita? Era la voz de Farshid, que ahora estallaba en una carcajada. El asunto es así, siguió hablando: Ahora van a dejar al mullah en una escuela y se van directo a la municipalidad, donde hay otra llave.

Preguntan por un tal Jeirabadi. Suerte, me dijo Farshid del otro lado del tubo y cortó.

Dejamos al mullah y al niño en una escuela de las afueras de la ciudad. En el patio estaban jugando al fútbol y a falta de pelota, usaban las piñas de un bosque cercano. Había varios mullahs corriendo y riendo con sus sotanas marrones. Cuando partimos, vimos cómo nuestro mullah se sumaba al grupo. Volvimos a cruzar la ciudad y llegamos, al fin, a la municipalidad, un edificio inmenso con las ventanas oscuras. Mohamed bajó del auto y entró. Habíamos estado más de tres horas dando vueltas. Empezaba a oscurecer.

Mohamed volvió con un hombre de mediana edad que meneaba todo el tiempo la cabeza. Se subieron al auto e iniciaron una larga conversación en persa. Yo pensaba que nunca entraría a mi mezquita, que tendría que conformarme con las fotos de los libros, que había viajado quinientos kilómetros en vano y que aún me quedaban otros quinientos kilómetros para volver a Teherán y enfrentarme a las burlas de Farshid.

Se hizo un silencio. Los dos hombres se dieron vuelta al mismo tiempo y con las manos en alto, como si estuvieran rezando, me dieron a entender que no, que era imposible entrar a la mezquita, que el destino así lo quería, o al menos, eso me imaginé que me estarían diciendo. Saqué de mi bolso el papelito con la lista de palabras en persa que me había escrito Farshid por cualquier cosa y busqué algo que se aproximara a "qué lástima".

- Mota'asafanej, dije, y no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo. Al lado de esa palabra, Farshid había escrito "pitty". Los hombres se miraron, asombrados, sorprendidos, llenos de tristeza. De repente, los dos parecieron tener la misma idea. El empleado municipal le preguntó algo a Mohamed, él afirmó y con las manos entendí que me decían: Momento. Bajaron del auto. El chofer abrió el baúl, sacó una pinza y armado con ella, el empleado volvió a entrar al edificio.

Tardó un buen rato en volver. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Abrió sus manos, en ellas había una llave antigua, como de veinte centímetros de largo. No lo podía creer: seguramente habría forzado algún armario de la municipalidad. Cuando Mohamed arrancó y manejó a toda velocidad por la ciudad, amé la permisividad del Islam. Me pareció que no era yo la que iba a la mezquita sino que era ella la que se me acercaba, a través de las calles de tierra, mientras la ciudad empezaba a encender sus luces.

Llegamos. El empleado, ceremonioso, me dio la llave pesada, como si se tratara de una ofrenda a los dioses. Me dejaron enfrente del portón. El ala de madera se abrió hacia el patio y entré. Los hombres se quedaron afuera, charlando y fumando. Cuando me encontré sola en el patio ya era noche cerrada. No se veía absolutamente nada.

Planté el trípode en medio del patio, ubiqué la cámara y me alegré de haber traído el flash. Comencé a sacar fotos y entonces la vi, en el resplandor de la luz del flash: mil trescientos años de historia acumulada, ahí, esperando. Luego de hacer las fotos guardé el equipo y me quedé un rato sola, en la oscuridad, paseando entre las columnas gordas como patas de elefantes, acariciando las superficies rugosas de adobe. Paseé por ese bosque de columnas como en una danza suave, mientras pensaba en Farshid, en Mohamed, en el mullah, en el empleado municipal y no por último en Alá, que me habían abierto las puertas de mi pequeño paraíso. Y sentí que esa danza nocturna era como un regalo del cielo.

LILÍ VILLANUEVA. NACÍ EN BUENOS AIRES, ARGENTINA, SOY ARQUITECTA, PERIODISTA Y VIAJERA. VIVÍ NUEVE AÑOS EN ALEMANIA Y CUATRO AÑOS EN RUSIA. EN ESTA ETAPA DE MI VIDA NÓMADA ME ENCUENTRO EN MONTEVIDEO, URUGUAY. Y ESCRIBO.